Las Gaviotas

Las Gaviotas:
Atrevimiento que se convierte en acierto espacial

Don y Alice Willfong
PROPIETARIOS

Arq. Juan Manuel Munguía
PROYECTO

Juan Pablo Stone
CONSTRUCCIÓN

Jean Philippe Armenta
JARDINERÍA

La arquitectura es una aventura compartida entre dos, en proporciones iguales: la mitad la tiene el cliente; la otra, el profesional; «para que se dé una obra de arte se necesita la compenetración de ambas, en muchos niveles, en el intelectual, en el estético, en el emotivo, en el cultural. Si se consigue, el resultado es muy feliz», asegura Juan Manuel Munguía, y Las Gaviotas es la prueba fehaciente de que su discurso no son sólo palabras.

Si la relación no fructifica, agrega, gana el más fuerte; o el poderío financiero y la tozudez cultural del dueño, o el oficio y la facilidad de seducción del arquitecto.

Esta casa no esconde ni la alianza de intereses ni la geometría, al contrario, los acentúa; no hay miedo a la línea recta ni a los planos grandes ni al círculo, como tampoco hay pudor de dar honor a quien lo merece. Existe un sentido de la composición, del espacio y de la forma, de una manera muy libre, sin rubor de emular, de interpretar, de evocar. Con acierto. «Creo en la fuerza de la geometría, en la fuerza de la luz».

Juan Manuel dice que además de la participación del cliente y del arquitecto, hay otro factor determinante para una experiencia exitosa: el terreno. «El de Las Gaviotas está emplazado al borde de un acantilado de 20 metros de altura –un paredón casi vertical–; con una propuesta natural así de fuerte, hubiese sido tímido jugar con la intención de mimetismo». El sitio dicta, y depende de la sensibilidad de las personas involucradas, si lo escuchan o hacen oídos sordos.

Un patio que no mira al mar, espacio privado que se mece con el acompasar rítmico de las olas, a lo lejos. Lujosa insolencia

Había también un conglomerado de ciruelos –árboles muy bellos que el viento moldea, y que resultan en formas barrocas, estéticas–. «No queríamos entrar en competencia con semejante entorno, la geometría complicada y rica la aportaba la naturaleza. Sólo nos recargamos con serenidad en ella».

Piedra angular

El punto de partida para desarrollar el concepto fue un sueño de Don, quien imaginó un casco antiguo de hacienda, perdido dentro del predio en donde ahora se ubica Las Gaviotas. «El reto fue tratar la imagen con formas y sistemas constructivos contemporáneos, sin olvidar la esencia». Por eso tiene un patio central, que «si bien no está confinado con elementos simétricos, se logra con una serie de elementos arquitectónicos», en una composición libre –fuera de la simetría– que se completa con la vegetación. «La jardinería tiene una intención formal muy fuerte, prevista desde el principio».

La casa recibe con un atrevimiento que aborda el espíritu en cuanto se traspasa el umbral: un patio desconectado del océano, íntimo, con una alberca muy larga en la que sólo se escucha el oleaje, se intuye. «No es la primera vez que no entrego el mar en la instancia inicial; considero que en la vida se necesita el ingrediente de curiosidad, de misterio. Y el paisaje marino es tan generoso, y tan amplio, que si no lo confinamos en una *maría luisa*, en un marco de referencia, se fuga, se evade, se pierde, se desborda; dosificarlo es la labor del elemento arquitectónico».

Al fondo del patio, en el remate, se levanta una mole de piedra, un rectángulo que se eleva rumbo al cielo. Todo en él habla de esbeltez: la puerta, las palmas de los lados, los faroles de lámina.

Es imponente su sola presencia, que se potencia cuando se abren las dos hojas de madera y aparece el océano enmarcado, con un marco recio, fuerte, pesado. Al fondo, antes del mar, una piscina triangular –símil a una proa de barco– que se mete a la bahía.

Éste es el motivo central de la construcción; rememora a la vieja hacienda que Don soñó, pero con su propio lenguaje. Los dueños poseen la suficiente sensibilidad para encontrar un viaje espiritual en esta economía de formas.

En el patio interior, el de la larga piscina, se asienta la biblioteca, que se alza sin titubeos: una planta de cruz, con dos entradas al jardín, dos ventanas, un área central y un remate de pirámide.

Sin el menor asomo de mimetismo,
esta casa no compite con la riqueza natural,
se recarga en ella

El vestíbulo es una palapa abierta, con ventanería de vara, con amarres de cuerda. La escalera que conduce a la habitación del segundo nivel es muy limpia. Son sólo pistas que retratan personas que saben de arte, coleccionan arte, y se les nota.

Sana tensión

Dentro del área principal –que no tiene pierde– la volumetría se acompaña de sencillez. La nave contiene dos ambientes: uno interior y otro exterior. «Había que sostener la sensación espacial importante sin ningún elemento que la dividiera; pero, por otro lado, la demanda de la vida en ese medio climático requería parte del área cubierta, y parte expuesta».

Se eligió un material invisible, lo más etéreo posible. «El cristal hace la función, pero había que estructurarlo». Se optó por un sistema de arañas de acero inoxidable y cables tensados que mantienen en su sitio las 24 piezas, «siempre con el afán de no existir, pero con la labor de conservarr la membrana transparente en su lugar».

El techo está profusamente decorado con diseños geométricos sin interrupción, «el cristal llega como un accidente, y las formas y los tonos atienden a un sentido lúdico».

El cubo de piedra es –en conjunto con la puerta, las palmeras y los faroles–, un tributo a la verticalidad, y una invitación a elevar la mirada, y embriagar el ánimo con los colores.

Decoración

«La arquitectura son espacios, y lo que liga a éstos con el hombre es el mueble; hace falta para su goce estético». El arquitecto sintió entonces la necesidad de participar en el diseño del mobiliario, y las formas que desarrolló fueron, también, geométricas, puras, con escala, con historia. Lo hizo en mezquite y son un homenaje al material mismo; inercia conceptual que trasciende los ambientes y embarga los objetos.

«El gran protagonista es el hombre, y así se tiene que ver la arquitectura; en la medida en que la decoración se desborda, habla de carencias del habitante». Esta casa no tiene huecos, ninguno, y no sobra nada.

«La vida de calidad no necesita acompañarse de muchas cosas; la experiencia vital se lleva dentro de cada uno, en su espíritu, en su intelecto; entre menos distractores, mayor posibilidad de ejercitarla», y así entiende la arquitectura Juan Manuel.

En el interior de la finca
el lenguaje es sencillo, discreto, pendiente
de una función particular, y nada más